

LA SNA ANTE LA CELEBRACIÓN DE LA REFORMA AGRARIA

Por estos días hemos conocido múltiples actividades y eventos patrocinados y financiados por el Gobierno, en recuerdo y celebración de los 50 años de la reforma agraria chilena, presentándola como un hecho histórico digno de conmemorar y celebrar.

La Sociedad Nacional de Agricultura como la agrupación de agricultores más antigua del país fue testigo presencial del proceso de reforma agraria iniciado por Jorge Alessandri y ejecutado y profundizado por los gobiernos de Eduardo Frei (1964-1970) y Salvador Allende (1970-1973).

Sin duda, la reforma agraria ha sido uno de los procesos más traumáticos de la historia de Chile, donde hubo muertes, destrucción, y desabastecimiento, convirtiéndose en la puerta de entrada al quiebre definitivo del Estado de Derecho que antecedió a la caída del régimen democrático del que nuestro país se enorgullece.

La reforma agraria fue un proceso que, aunque forzado por requerimientos foráneos, se inició dentro de las normas democráticas. Sin embargo, sobre la marcha, cambió totalmente su rumbo, haciéndose ilegítimo, injusto, y abusivo, dada su inspiración ideológica en que se fue extremando hasta llegar al despojo de la casi totalidad de los predios agrícolas, sin distinción alguna y sin un pago real a sus legítimos propietarios.

La reforma agraria se aplicó en Chile sobre una agricultura empobrecida. Ello por múltiples factores: un sistema económico estatista que mantuvo al país estancado por décadas, cierre de los mercados externos e internos para sus productos, precios fijados políticamente, imposibilidad de importar maquinarias y tecnología, trabajadores poco cualificados por falta de escuelas en las zonas rurales, entre otros. No obstante, ese negativo contexto, los agricultores hicieron enormes esfuerzos para producir alimentos y entregar dignidad, valores, educación y oportunidades a los trabajadores y sus familias.

Pese a conocerse esas limitaciones y para justificar la reforma agraria, se acusó injustamente a los agricultores de mantener sus predios abandonados o mal trabajados y de explotar a sus trabajadores, manteniéndolos en la miseria. Poco a poco se fue conociendo el propósito de fondo de esta reforma que era quebrar definitivamente el poder político que se le atribuía a la "oligarquía terrateniente" como se expresó sin ambages en aquella época.

El resultado histórico puede ser apreciado de manera objetiva a través de las cifras y de la realidad todavía palpable: más de 5.600 predios agrícolas mayormente de riego, con más de 10 millones de has. expropiadas, quedaron sin explotación efectiva durante un largo periodo, al punto que el propio Presidente Allende anunció en una manifestación pública: "no queda harina en Chile para más de una semana".

Cientos de miles de trabajadores agrícolas quedaron virtualmente cesantes al ser confinados en los "asentamientos campesinos" sin título alguno, sin capital, sin capacitación o apoyo técnico, ni elementos mínimos necesarios para explotar las tierras. "La tierra para el que la trabaja" pasó a ser un lema vacío por cuanto ningún trabajador de predios expropiados recibió un metro de tierra, hasta que el Gobierno Militar resolvió parcelar y entregar títulos de dominio sobre ellas. Esos trabajadores agrícolas, hasta hoy, han debido sufrir los rigores de una economía menor que la de subsistencia, a quienes el Estado (es decir, todos los chilenos) debe subsidiar año a año, a través del INDAP, con US\$ 400 millones en bonos, subsidios y ayudas, que aun así, no les permiten salir de la pobreza.

Más grave aún que la violación del Estado de Derecho y las enormes pérdidas económicas, la reforma agraria quebró la unidad de Chile, creó una división profunda entre los habitantes del campo mediante la siembra del odio hacia los propietarios, odio que nunca había existido.

Por lo tanto, no se entiende el objetivo de celebrar un proceso tan pernicioso para el país como lo fue la reforma agraria y hacerlo, sólo contribuye a rememorar atropellos, injusticias y división entre chilenos.

Afortunadamente, a 50 años de un proceso tan destructivo, hoy la agricultura en un contexto de respeto al Estado de Derecho, de reglas del juego estables, de apertura al comercio exterior y liberalización de precios, entre otros, se ha desarrollado con un crecimiento continuo, alta productividad, liderazgo y buenas relaciones laborales que nunca debieron romperse. Eso sí es digno de celebrarse.

SOCIEDAD NACIONAL DE AGRICULTURA
Ricardo Ariztía de Castro
Presidente